

Valencia Goelkel (*Crónicas de libros*) —que se leen con placer y provecho semejantes a los que nos dejan las recopilaciones análogas de Edmund Wilson o Cyril Connolly. O bien los originales cuentos, ensayos narrativos y pseudo-apócrifos de Pedro Gómez Valderrama (*Invencciones y artificios*), los poemas de Mutis (*Maqroll el Gaviero*) y Eduardo Carranza (*Los pasos cantados*), para sólo mencionar unos cuantos entre los muchos títulos recientes.

Excepto un trabajo documental sobre "La iglesia y el Estado en Colombia vistos por los diplomáticos norteamericanos", Cobo Borda limitó la selección a autores nacionales y a los textos que no se reimprimieron, pues juzgó ocioso incluir piezas ya célebres como "En este pueblo no hay ladrones". El libro constituye un número especial (y póstumo) de *Mito* en que se rescatan, por ejemplo, dos relatos que de otro modo hubieran sido irre recuperables: "Londres", diario sin fechas de Gómez Valderrama y "Diario del Alto San Juan y del Atrato" en que Eduardo Cote Lamus muestra la inmensa parcelación regional de Colombia y el sobresalto de extranjero en su patria que tiene todo hispanoamericano cuando se adentra más allá de las ciudades principales.

El conjunto muestra la altura rigurosa y apasionada que fue nivel permanente de *Mito* y justifica las palabras de Cobo Borda:

"En un país que la ignoraba, *Mito*, en los años finales de la década del 50, fue la vanguardia, o sea: la ruptura. Fue también, y en cierto modo, el punto de partida hacia otra cultura: no servil ni elocuyente. . . (Sus) editores no tumbaron al gobierno como parece ser la exigencia que se les hace, siempre, a los intelectuales y sus publicaciones. Pero sí cambiaron, para siempre, la literatura de un país."

José Emilio Pacheco.

## Puerta Del Cielo, de Ignacio Solares

Editorial Grijalbo,  
México, 1976.  
176 pp.

**L**a portada de esta breve novela reproduce un famoso cuadro de Max Ernst en el que la Virgen María da unas nalgadas al Niño Jesús, al que tiene desnudo en el regazo. En las primeras líneas el protagonista, abriendo el relato *in media res*, nos dice: "Anoche se apareció otra vez. Es como si mi miedo la llamara." Desde el comienzo el lector sabrá que la Virgen, blanca, de ojos centelleantes y "manos como de espuma", se le aparece al protagonista adolescente cada vez que éste cede a la tentación del placer solitario.

Con estos datos podría esperarse una novela mística con incidencias pornográficas, o bien una novela pornográfica con incidencias místicas. Un escritor amigo, consultor en una institución becaria, nos decía que una gran cantidad de primeras novelas, sometidas a su lectura por autores jóvenes, abundaban en el caso de la masturbación como motivo para desencadenar maelstroms de esperma y prosa rítmica, *morceaux de bravoure* que pretendían elevar la ordeña de los deseos a dimensiones cósmicas y (me temo) "subversivas". Pero *Puerta del cielo*, novela pudorosa y de andadura serena, prefiere la elipse y nunca cede a los prestigios, hoy convertidos en lugares comunes, de la Profanación. Se trata en realidad de una novela "de juventud y experiencia", de la iniciación de un adolescente en la edad viril, dentro de un cuadro evanescente de clase media empobrecida. Y aunque se pasa por los trances del reclamo sexual, el autoerotismo y la angustia del pecado, confesionario católico de por medio, tampoco es una novela psicológica con toquecitos freudianos o reichianos, con monólogo subconsciente y prosa corrida sin puntuación. ¿Entonces?

Con sus vestiduras de "vida común y corriente", *Puerta del cielo* sería más bien una vuelta al revés de algún cuento de hadas. La Virgen que se le aparece a Luisito tiene un aura más feérica que divina y nos hace evocar (plural muy singular) a la Fata dai Capelli Turchini, de las *Aventuras de Pinocchio*, libro encantador y nada exclusivamente infantil. El paralelismo entre la novela de Solares y el extenso cuen-

to de Colodi es curioso. Pinocchio, muñeco de madera que pasa por numerosas pruebas antes de merecer ser un niño de carne y hueso, ve aparecer al Hada de los Cabellos Azules cada vez que cede a una mala tentación. Y del mismo modo que en la saga del muñeco el camino está sembrado de tadores, en forma de perversos compañeros (la Zorra, el Gato, el chico Lucignolo), Luisito tendrá también torcidos consejeros en las personas de sus compañeros de trabajo, los de la tienda y el hotel. Gracias al encuentro de una muchacha hermosa y pura en un casi fantasmal burdel, personaje en el que parece encarnar la Aparición (del mismo modo que la Fata de Pinocchio se transforma en Niña de los Cabellos Azules por un momento), Luisito habrá de iniciarse en la condición de hombre, hacerse responsable y matrimonialmente, adquirir cierta fijeza en la vida, como indicarían esas fotografías cuya veloz descripción cierra la novela.

Vista desde este punto, la novela de Solares se beneficia de lo que en principio aparece como un conjunto de carencias. De acuerdo a mi idea de la necesaria densidad novelesca, el protagonista carece de un mínimo de exterioridad que acabe de hacerlo presente en un relato que se desarrolla indeciso entre la primera y la tercera persona, entre la voz de alguien (el personaje) y la voz de nadie" (el autor). Desdibujado el protagonista, los otros personajes se recortan demasiado como siluetas, están sólo propuestos en dos dimensiones, y los escenarios tienen una cierta condición nebulosa, no acaban de estar ante los ojos del lector. Así resulta que lo común y terrestre tiene la misma falta de materia que lo extraordinario y celestial, y que no hay conflicto entre esas dos esferas.

Pero a final de cuentas apatamos esta condición difuminada de la historia y los personajes que Solares nos presenta. Novela sobre una adolescencia, *Puerta del cielo* tiene la tonalidad de una visión adolescente, de una personalidad en formación: "El joven sin recuerdos te saluda, te pregunta por su olvidada voluntad, las manos de él se mueven en tu atmósfera como pájaros, / y la humedad es grande a su alrededor: / cruzando sus pensamientos incompletos, / queriendo alcanzar algo, oh, buscándote, / le palpitan los ojos pálicos en tu red / como instrumentos perdidos que brillan de súbito" (Pablo Neruda, "Serenata"). La economía y la sencillez de la escritura, ya bien señalada por Elizondo en la nota de las

"solapas", permiten, por otra parte, que la ficción, aun estando esfumada, se sostenga en pie, como un dibujo a pluma y aguada. El conflicto "novelístico" existe, pese a todo, y a mi juicio está en la sospecha que Solares deja crecer en el lector y que lleva en cierto modo a una modificación de la segunda frase inicial del texto. En donde dice: "Es como si mi miedo la llamara", casi se está diciendo: "Es como si mi deseo la llamara." Entonces, si se piensa que la repetición del pecado es cada vez un nuevo llamado al Hada de las Manos como Espuma, un nuevo deseo de la Aparición, toda la novela gira hasta mostrar una faz distinta, en otra luz.

José de la Colina



## Freud, A Collection of Critical Essays,

de varios autores

*Edición y prólogo de Richard Wollheim. Anchor Books, 1974.*

**W**ittgenstein afirma que Freud es el creador de una poderosa mitología. Nos dice —en el primer ensayo de este libro— que probablemente el psicoanálisis es dañino. Para que el paciente pudiera llegar a descubrir verdades sobre sí mismo, tendría, en efecto, que ser capaz de ejercer "una crítica fuerte, aguda y persistente que le permitiera reconocer y ver a través de la mitología que se le ofrece o impone". Pero, sea esta crítica correcta o excesiva, lo cierto es que la mitología freudiana ha impregnado la cultura occidental. Concebimos y discutimos nuestra vida mental de una forma: nos vemos a nosotros mismos bajo la especie de Freud. Sin embargo, Freud que con tanto éxito ha ingresado a la conciencia general se parece poco, excepto en sus líneas generales al Freud de la realidad" (Wollheim).

Instalado este Freud falsificado en la conciencia general, y aceptada la institución del psicoanálisis en la sociedad, la filosofía crítica tenía que reaccionar de alguna manera. La extensa corriente filosófica que va desde el positivismo lógico hasta la filosofía analítica estaba condenada a tener un poco las ideas de Freud. La filosofía de la ciencia escomulgaba al psicoanálisis rebajándolo a la

categoría de pseudociencia, lugar donde compartiría con la astrología, el espiritismo y otros monstruos una incapacidad irremediable de satisfacer mínimas condiciones de científicidad. O, para decirlo de una vez, el psicoanálisis resultaba una actividad irracional, si es que no irracionalista. Bajo los auspicios de esta actitud filosófica, nació en psicología la lamentable escuela conductista, imitadora superficial de la ciencia, como dice Chomsky. Cuando no se llegaba a tales extremos, las doctrinas antimetafísicas imperantes impedían a estos filósofos el darse cuenta de la agudeza metafísica contenida en las páginas de Freud, lo mismo que la pertinencia de sus propios análisis filosóficos en psicología.

El libro de Wollheim es el resultado de un cambio diametral de actitud. Las exigencias originales de la filosofía de la ciencia se consideran ahora infundadas; los filósofos analíticos discuten problemas indiscutiblemente metafísicos sin ofrecer pretextos. En este contexto, el filósofo que se ocupe de la psicología estará dispuesta a aprender del psicoanálisis y ejercerá el análisis filosófico para esclarecer las teorías freudianas. El libro consta de 21 artículos precedidos por una introducción de Wollheim. La mayoría fueron escritos especialmente para la antología, que en este sentido es el comienzo y no la recapitulación de un programa filosófico.

Los artículos se proponen aclarar y discutir las ideas del Freud auténtico y versan sobre los temas más importantes de la teoría psicoanalítica: el contenido valorativo del psicoanálisis, su carácter explicativo, el problema de la comprobación de sus hipótesis genera-

les y de sus hipótesis particulares en la sesión psicoanalítica, la mala fe sarrtriana, los mecanismos de defensa y los diagramas de flujo, la racionalidad, la interpretación de los sueños, el Id y el proceso del pensamiento, etc. En esta nota no intentaré una visión panorámica de material tan vasto. Quizá sea más interesante ofrecer una versión esquemática de la metafísica de Freud utilizando para ello el artículo de Thomas Napel.

Hablar del hombre en un lenguaje antropomórfico (hablar del hombre como si fuera hombre) requiere justificación. Esta idea, que repugna al sentido común, resulta obvia, en cambio, si aceptamos el vago materialismo que prevalecía en el clima científico de la época en que comenzaron las investigaciones de Freud y que todavía impera. El hombre es un sistema físico, una compleja fábrica de partículas físicas elementales organizadas en átomos, moléculas, células, etc. Parece imposible hablar de su mente, de sus deseos, placeres, aversiones, creencias. ¿Puede un sistema físico odiar o dudar? Descartes había aceptado sin ninguna vacilación esta premisa: es imposible hablar de un sistema físico en términos mentalistas. El cuerpo se describe con un lenguaje que hable de objetos extendidos en el espacio y que se mueven en él. Al hablar de resentimientos, perdonos o inferencias estaríamos describiendo una entidad distinta, o nada. Descartes toma el primer camino y concluye la existencia del alma. Freud toma el segundo: el lenguaje mentalista es engañoso, el hombre descrito en términos antropomórficos es un hombre ilusorio. Si queremos hacer una psicología científica, tendremos que hablar en términos físicos, nuestro propósito será descri-